



VENID A ADORARLE

FEBRERO 2015



MISIÓN MADRID

Congregado el pueblo, que puede entonar algún canto, si se juzga oportuno, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no se conserva en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el paño de hombros, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándole algún ayudante o algunos fieles con cirios encendidos. Expuesto el santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro incienso al Sacramento.

1. Canto para la Exposición

*Véante mis ojos, dulce Jesús bueno;
véante mis ojos, muérame yo luego.*

*Vea quien quisiere rosas y jazmines,
que, si yo te viere, veré mil jardines;
flor de serafines, Jesús Nazareno,
véante mis ojos, muérame yo luego.*

*No quiero contento, mi Jesús ausente,
pues todo es tormento a quien esto siente;
sólo me sustente tu amor y deseo,
véante mis ojos, muérame yo luego.*

2. Lectura de un texto bíblico

Del evangelio según san Marcos

Mc 1,12-15

En aquel tiempo, el Espíritu empujó a Jesús al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás; vivía entre alimañas, y los ángeles le servían.

Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía:

–«Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio.»

3. Oración en silencio

4. Canto

El Señor es mi luz y mi salvación,
el Señor es la defensa de mi vida.

Si el Señor es mi luz,
¿a quién temeré, quién me hará temblar?

1.- Una cosa pido al Señor, habitar por siempre en su casa;
gozar de la dulzura del Señor contemplando su templo santo.

2.- No me escondas tu rostro Señor, buscaré todo el día tu rostro;
si mi padre y mi madre me abandonan el Señor me recogerá.

3.- Oh Señor, enséñame el camino, guíame por la senda verdadera;
gozaré de la dicha del Señor en la tierra de la vida.

5. Lectura de un texto del Magisterio

Dies Domini, 27-28

En esta perspectiva cristocéntrica se comprende otro valor simbólico que la reflexión creyente y la práctica pastoral dieron al día del Señor. En efecto, una aguda intuición pastoral sugirió a la Iglesia cristianizar, para el domingo, el contenido del «día del sol», expresión con la que los romanos denominaban este día y que aún hoy aparece en algunas lenguas contemporáneas, apartando a los fieles de la seducción de los cultos que divinizaban el sol y orientando la celebración de este día hacia Cristo, verdadero «sol» de la humanidad. San Justino, escribiendo a los paganos, utiliza la terminología corriente para señalar que los cristianos hacían su reunión «en el día llamado del sol», pero la referencia a esta expresión tiene ya para los creyentes un sentido nuevo, perfectamente evangélico. En efecto, Cristo es la luz del mundo (cf. Jn 9,5; cf. también 1,4-5.9), y el día conmemorativo de su resurrección es el reflejo perenne, en la sucesión semanal del tiempo, de esta epifanía de su gloria. El tema del domingo como día iluminado por el triunfo de Cristo resucitado encuentra un eco en la Liturgia de las Horas y tiene un particular énfasis en la vigilia nocturna que en las liturgias orientales prepara e introduce el domingo. Al reunirse en este día la Iglesia hace suyo, de generación en generación, el asombro de Zacarías cuando dirige su mirada hacia Cristo anunciándolo como el «sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte» (Lc 1,78-79), y vibra en sintonía con la alegría experimentada por Simeón al tomar en brazos al Niño divino venido como «luz para alumbrar a las naciones» (Lc 2,32).

Día de la luz, el domingo podría llamarse también, con referencia al Espíritu Santo, día del «fuego». En efecto, la luz de Cristo está íntimamente vinculada al «fuego» del Espíritu y ambas imágenes indican el sentido del domingo cristiano. Apareciéndose a los Apóstoles la tarde de Pascua, Jesús sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20,22-23). La efusión del Espíritu fue el gran don del Resucitado a sus discípulos el domingo de Pascua. Era también domingo cuando, cincuenta días después de la resurrección, el Espíritu, como «viento impetuoso» y «fuego» (Hch 2,2-3), descendió con fuerza sobre los Apóstoles reunidos con María. Pentecostés no es sólo el acontecimiento originario, sino el misterio que anima permanentemente a la Iglesia. Si este acontecimiento tiene su tiempo litúrgico fuerte en la celebración anual con la que se concluye el «gran domingo», éste, precisamente por su íntima conexión con el misterio pascual, permanece también inscrito en el sentido profundo de cada domingo. La «Pascua de la semana» se convierte así como en el «Pentecostés de la semana», donde los cristianos reviven la experiencia gozosa del encuentro de los Apóstoles con el Resucitado, dejándose vivificar por el sople de su Espíritu.

6. Oración en silencio

7. Preces

Oremos a Cristo, el Señor, que nos dio el mandamiento nuevo de amarnos los unos a los otros, y digámosle:

Acrecienta, Señor, la caridad de tu Iglesia

- Maestro bueno, enséñanos a amarte en nuestros hermanos y a servirte en cada uno de ellos.
- Tú que en la cruz pediste al Padre el perdón para tus verdugos, concédenos amar a nuestros enemigos y orar por los que nos persiguen.
- Señor, que la participación en el misterio de tu cuerpo y de tu sangre acreciente en nosotros el amor, la fortaleza y la confianza, y dé vigor a los débiles, consuelo a los tristes, esperanza a los agonizantes.
- Señor, luz del mundo, que por el agua concediste al ciego de nacimiento que pudiera ver la luz, ilumina a nuestros catecúmenos por el sacramento del agua y de la palabra.
- Concede la plenitud de tu amor a los difuntos, y haz que un día nos contemos entre tus elegidos.

Padre nuestro

Oh Cristo, tú eres el origen y el autor del amor puro,
te pedimos que nos concedas la abundancia de tu paz
durante nuestras prácticas cuaresmales,
de manera que te agrademos por el ayuno

y deseemos poder estar unidos a ti.
Porque tú eres nuestra paz,
caridad indivisible;
que vives y todo lo gobiernas
por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

Al acabar la adoración el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión sencilla, y se arrodilla a continuación, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto el ministro arrodillado incienso al santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.

8. Canto eucarístico

Cerca de ti Señor quiero morar,
tu grande y tierno amor quiero gozar.
Llena mi pobre ser, limpia mi corazón;
hazme tu rostro ver en la aflicción (bis).

Pasos inciertos doy, el sol se va;
mas, si contigo estoy, no temo ya.

Himnos de gratitud ferviente cantaré
y fiel a Ti, Jesús, siempre seré (bis).

Día feliz veré creyendo en Ti,
en que yo habitaré cerca de Ti.
Mi voz alabará tu santo nombre allí
y mi alma gozará cerca de Ti (bis)

9. Oración

Oremos.
Que los sacramentos
con los que te has dignado restaurarnos, Señor,
llenen de la dulzura de tu amor nuestros corazones
y nos impulsen a desear las riquezas inefables de tu reino.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

10. Bendición y reserva

Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con él en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.

Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación y finalmente el ministro se retira.

11. Aclamación

Mi Padre es quien os da verdadero pan del cielo.
¡Tú eres, Señor, el Pan de vida!